

LA NIÑA DE MIS OJOS por Irene Larra

Aquel inicio del verano de 1936 parecía suspendido en una luz extraña, como si el tiempo hubiese decidido caminar más despacio por la costa granadina.

Federico llegó en esos días a Almuñécar buscando el mismo refugio de siempre; el rumor del mar, el olor a sal y las tardes largas donde el pensamiento se vuelve más claro.

Recibió, jornadas después, la visita de su confidente y amigo Eduardo. Con el abrazo de quien presiente que cada encuentro podría ser el último, aunque ninguno de los dos se atreviera a decirlo.

-Hoy te llevo a un sitio especial, Eduardito -le dijo Federico una mañana temprana-. Un rincón que parece guardado por los mismísimos dioses sobre los que escribía Hesíodo¹.

Caminaron un buen trecho dejando el pueblo atrás, por senderos de tierra caliente y viejos cortijos de labranza, hasta que el paisaje se abrió de pronto en la belleza salvaje de un agreste paraje conocido por los lugareños como Cantarriján.

El mar brillaba como una lámina de cobalto recién pulida, centelleando sobre el verde vivo y la arenisca grisácea de la playa. Y el silencio, sólo era interrumpido por el suave susurro del golpear de las olas contra la orilla.

Federico permaneció unos instantes sin hablar, casi conteniendo su respiración. Miraba aquella ribera con la urgencia de quien quiere retener en su memoria cada canto, cada recodo y el eco de cada sonido.

-Hay lugares que no son de este mundo, Eduardo -dijo finalmente-. Como un santuario de mareas que cuentan recuerdos que todavía no han ocurrido.

En los días que siguieron, regresaron a Cantarriján una y otra vez, pues la playa los había hecho suyos sin mediar palabra.

Federico parecía otro allí. Caminaba desnudo durante largos ratos, escuchaba el rumor del agua con los ojos cerrados y decía que, con el cuerpo al aire, el mar le ordenaba los pensamientos como el que acomoda papeles sobre una mesa.

- ¡Si me viera ahora mi “cenicitas”²!
¡Con lo que me peleaba para quedarme en carne viva bajo aquel sol ardiente de Cadaqués! - y su risa sonó al tintinear de los cascabeles de una zambra.

Una tarde, mientras contemplaban el atardecer encendiendo de rojo las rocas, Eduardo le preguntó:

- ¿En qué piensas tanto cuando miras el mar?

(1) Poeta, escritor y mitógrafo griego del siglo IX a.C

(2) Expresión que usó en una de sus muchas cartas a Salvador Dalí, haciendo referencia a su obra “Los esfuerzos estériles” en el que propio Lorca influenció. Dalí cambió de nombre el cuadro por el de “cenicitas” tras recibir la carta del poeta.

Federico sonrió levemente.

-En que todas mis obras han nacido de lugares así...de emociones que ni la mente alcanza a contener. *Bodas de sangre* tiene la savia ardiente de Andalucía; *Yerma* el silencio de su opresión, pero aquí... -se quedó prendido al horizonte- ...aquí siento algo distinto, como si todavía quedaran palabras que no he escrito y que ni sé si sabría hacerlo.

Federico guardó un instante de silencio, meditando las palabras que vendrían, y después continuó.

Este mar me recuerda, mi querido amigo, que un verso, para ser digno, ha de tener sus entrañas vivas; como en los *Cantares de gesta* o en aquellos romances antiguos del *Romancero Viejo*³, que en boca aún resuenan a hierro y a tierra mojada. El mundo de hoy ha elegido lo contrario -versos huecos y sin latido-, pero el poema que no sangra no es poema de verdad.

La última tarde, se sentaron al llegar sobre unas piedras tibias. El viento traía olor a algas y a verano en plenitud.

- Eduardo, tú ya sabes que las cosas se están poniendo difíciles, ¿verdad? - dijo Federico con serena amargura- Tengo el presentimiento de que quizá no vuelva nunca aquí. No sé por qué, pero lo siento así... como un poema que va a terminar y sabes que ya no habrá otra estrofa.

Eduardo lo miró con inquietud.

-No digas tonterías, hombre. Las cosas mejorarán y volveremos mil veces.

Federico negó suavemente con la cabeza.

-Las cosas mejorarán, pero ¡Ay, la dicha siempre viene precedida de desventura antes de transmutarse! - dijo alegando con cierta melancolía.

Si no vuelvo, -continuó, contemplando la lejanía- al menos me quedarán estos días, esta playa... Le tengo un cariño especial, una devoción difícil de explicar. Es un lugar muy valioso para mí, es un refugio...es como... -retiró la vista de la línea donde el mar besa al cielo y la entregó a los ojos de Eduardo- ...cuando conversamos y al mirarte, el mundo deja de hacer ruido.

Federico calló un instante. Cerró los ojos y, mientras un destello de dulzura florecía en sus labios, comenzó a recitar:

*Por fin estoy donde mis miedos desaparecen,
y ya no tiemblo como un olivo callado.
La tranquilidad se posa en mi pecho,
como hace un pajarillo que encuentra su rama.*

*En este rincón de sal y de luna,
como un lucero clavado en mi sangre,
tu mirada alumbra tan alto
que la sombra, huye corriendo descalza.*

*Fuego que no destruye,
claridad que ya me guarda,
donde arde eterna sin consumirse
la niña de mis ojos.*

Después, se levantó despacio. Se quitó la ropa y la dejó cuidadosamente doblada sobre la arena. Entró en el mar desnudo, con la serenidad de quien regresa al hogar. Eduardo, aún con una sonrisa prendida por los improvisados versos de su amigo, se levantó e hizo lo mismo. Y durante horas nadaron, rieron y hablaron de teatro, de su amado Sacromonte y de proyectos que, en ese instante suspendido en el tiempo, se antojaban todavía posibles.

El sol comenzaba a inclinarse fugazmente hacia la tarde.

-Federico, deberíamos irnos ya -dijo Eduardo-. Pronto se nos hará de noche y el camino hasta el hotel es largo. Y mañana regresamos a Granada.

-Vete tú si quieres -respondió él recostándose en la orilla- Quiero quedarme un rato más, a solas. Pierde cuidado. Aquellos conocidos que andan recogiendo sus redes -dijo señalando a un grupo de pescadores que, con serena paciencia, ordenaba sus aparejos- me acercarán luego hasta el Palace⁴ y allí nos veremos.

Eduardo vaciló unos instantes, como si el rumor de las olas le susurrara dudas al oído; pero al fin inclinó la cabeza y comenzó, despacio, a cubrir la desnudez de su piel. Antes de que su amigo marchase, Federico añadió:

-Si algún día vuelves aquí...acuérdate de estos momentos. Los lugares también guardan lo que fuimos en ellos.

- Querrás decir "cuando volvamos"- le corrigió su amigo.

Él lo miró un momento, y su férrea certeza le templó la voz.

-Sí...tienes razón. Cuando volvamos.

Aquella noche, cuando el cielo se cubrió de estrellas y el rumor del mar comenzó a tornarse más grave, Federico regresó finalmente al hotel.

Y al despuntar el alba, ambos volvieron juntos a Granada, tal y como tenían previsto.

Pasaron las semanas y llegaron las aciagas noticias que nadie quería creer. El nombre de Federico se convirtió en un silencio doloroso que recorría toda la provincia como una sombra. Se supo que había sido llevado lejos de la ciudad,

en la oscuridad de una madrugada sin testigos, y que su vida fue apagada junto a la de varios hombres cuyo único delito había sido pensar y sentir de manera distinta a la de otros. Sin juicio. Sin despedidas. Dejando en quienes le conocían una profunda herida; pues no sólo habían perdido al amigo y al poeta cercano, sino a aquella voz que había sabido decir, con la claridad y la belleza de las palabras cinceladas en mármol, lo que muchos callaban por zozobras y atormentos.

No fue hasta algunos años después de la Guerra que Eduardo cobró ánimos para regresar a Cantarriján. El camino seguía siendo el mismo, el mar seguía respirando igual, pero algo en el mundo parecía mucho más antiguo.

Caminó despacio por la orilla hasta detenerse frente a un muro de piedra milenario al final de la playa, cerca de donde solían plantar las toallas y donde Eduardo vio la sonrisa de Federico por última vez, desnudo y radiante. Allí, grabadas con trazo firme, se leían unas palabras que parecían tan recientes como el rocío de aquella misma mañana y, a la vez, tan viejas como la luna:

La Niña de Mis Ojos

Eduardo se alzó sobre un saliente de piedra y pasó la mano sobre la inscripción, como quien toca una herida abierta y da una caricia al mismo tiempo.

Con los párpados vencidos por el llanto, miró el horizonte. Y, por un fugaz instante, creyó ver a su amigo adentrándose otra vez en las aguas luminosas de aquel verano del 36, con esa calma que sólo tienen quienes saben que la memoria será más larga que la misma vida.

Y si algún día tú también caminas por esa playa, cuando la tarde se torne en ámbar y el sol, ya cansado de su viaje, incline su luz sobre olas tranquilas, todavía podrás leer su promesa de amor tallada en la piel de piedra de Cantarriján. Como un eterno susurro sellado en el tiempo, más allá de este mundo y de sus fronteras, que ni el mar ni el viento se atreverían jamás a borrar.